



CAPITULO XX.

Los Supremos Poderes.

EL Lic. Contreras Medellín, que después llegó á general y murió en uno de tantos sangrientos combates de la guerra de tres años, era á la sazón jefe político de Guadalajara y mandaba en el cuartel establecido en la iglesia de San Agustín un piquete de guardia nacional. El día 10 de Marzo de 1858, cuando ya los Supremos Poderes llevaban varias semanas de estar establecidos en la ciudad, teniendo sus habitaciones en uno de los departamentos del palacio de gobierno, aquel personaje solicitó hablar con el C. Presidente de la República. En el acto le fué concedida la audiencia.

—Señor Presidente, dijo respetuosamente á don Benito Juárez, después que ambos ocuparon sus respectivos asientos en el estrado del salón, no es una mera visita la que hago á usted, sino que vengo á revelarle un secreto que puede ser de alta trascendencia.

—¿Cuál es ese secreto? preguntó don Benito con calma.

—Mis agentes me han dado informes de que existe una conspiración en Guadalajara.

—¿Una conspiración contra el gobierno, cuando creo que estamos rodeados de hombres leales? me parece imposible. Todo puede ser, sin embargo. ¿Qué detalles puede usted darme?

—Detalles, muchos. Pruebas, ninguna. Los primeros se refieren á que se ha visto al coronel don Antonio Landa, que manda el 5º batallón, hablando con personas sospechosas, con personas tales como don Pantaleón Morett y el escribano Barbosa que son reconocidos conservadores.

—Puede usted decirme qué número de fuerzas componen la guarnición?

—Sí, señor Presidente. El 5º batallón que manda Landa, y cuyo cuartel está en la Universidad, se compone de trescientas plazas; el piquete de cincuenta hombres del batallón «Prisciliano Sánchez,» que manda el mayor Paulino Raigosa está en el cuartel del Carmen; el piquete de guardia nacional compuesto de sesenta hombres, que manda Miguel Cruz Aedo, ocupa el cuartel de San Francisco; dos compañías del batallón «Hidalgo,» de guardia nacional, con ciento veinte hombres que mando yo y un escuadrón de cien hombres 1º de Lanceros que manda el coronel don Antonio Alvarez. La artillería en su mayor parte está en este palacio.

—¿De manera que el 5º batallón se encuentra en minoría?

—Sí, señor Presidente, tiene una minoría de quince ó veinte hombres, pero es el que cuenta con mayores ele-

mentos para un golpe de mano y el que da las guardias á los Supremos Poderes, según la disposición del Comandante Militar.

—¿Cree usted que el Comandante Militar general Silverio Núñez no es un hombre leal?

—Lo juzgo de convicciones liberales y pundoroso además, en tanto que Landa tiene á su padre político de general en la reacción y él á su vez ha sido antes reaccionario.

—Me ha informado el mismo general Núñez que cuando se fué de aquí el general Parrodi, llamó á Landa y le preguntó si estaba resuelto á seguir al lado de los liberales, concediéndole toda clase de franquicias para el caso de que prefiriera ir á servir en las filas enemigas.

—Es cierto, y Landa le juró que sería fiel; pero ahora es un hecho que está conspirando.

En ese momento se presentó el gobernador del Estado, Lic. don Jesús Camarena, que no necesitaba anunciarse. Contreras Medellín se levantó para ceder el puesto á aquel alto funcionario.

—No se vaya usted, le dijo, pues lo que voy á comunicar al señor Presidente quiero que usted lo oiga.

En seguida, sin querer sentarse, dijo al señor Juárez:

—Señor Presidente, por diversos conductos se me comunica que el coronel Landa está disponiéndose para pronunciarse.

Y refirió las noticias que se le habían comunicado sobre tal sospecha. Juárez oyó todo con serenidad, llamó á su ayudante, le comunicó una orden en secreto y volvió á donde estaba el gobernador y el jefe político, diciéndoles:

—He mandado llamar al general Núñez que se encuentra con el señor Ocampo: tengan ustedes la bondad de esperarlo un momento.

Contreras Medellín y Camarena se miraron extrañando aquello.

Antes de cinco minutos llegó el arrogante general don Silverio Núñez. Juárez le puso en pocas palabras al corriente de lo que se trataba.

—¡Imposible! exclamó Núñez con exaltación, y respondo de la fidelidad de Landa, y respondo más aún de los soldados del 5° que son míos, más que de nadie.

Camarena y Contreras Medellín manifestaron que mucho desearían haber sido engañados por falsos informes, pero desgraciadamente todo concurría á creerlos exactos.

—Pues bien, señores, concluyó diciendo Núñez con la caballerosidad que lo distinguía, yo les ofrezco vigilar á Landa sin darme por entendido por supuesto de lo que á ustedes han contado, yo les ofrezco presentarme más á menudo á los soldados del 5°, en quienes tengo absoluta confianza, y desde esta noche dormiré en los corredores altos de palacio un retén de cincuenta hombres escogidos, que será como si yo mismo estuviera velando por la seguridad de los Supremos Poderes.

El gobernador y el jefe político se retiraron, como suele decirse, con el rabo entre las piernas, sin dejar de repetir para ellos solos la célebre frase de Galileo *e pur si muove*, y sin embargo, hay conspiración.

El 12 de Marzo llegaron á Guadalajara dos correos anunciando la derrota de la coalición en Salamanca, aunque paliada con las pocas pérdidas del ejército liberal que

había podido retirarse del campo de batalla, fraccionado, salvando una buena parte de su artillería.

Tal noticia produjo una sensación inmensa en los habitantes de la ciudad que no la esperaban y casi no la creían, confiados tanto como estaban en la pericia militar del general Parrodi.

Por la noche Camarena y Contreras tornaron á ver á Juárez, diciéndole que ya era público que Landa trataba de pronunciarse, sin que hubiera persona de la ciudad que no estuviera al corriente de su acuerdo con el clero y los conservadores que le estaban suministrando cantidades de dinero.

—Señor, terminó diciéndole Contreras Medellín, uno de mis agentes ha visto entrar á la casa de Landa á un fraile que llevaba dos cargadores con talegas de pesos.

—¿Y qué podemos hacer, contestó don Benito, estando de por medio el general don Silverio Núñez que responde de Landa?

—Poner al mismo Núñez, por ejemplo, al frente del batallón.

Tornó don Benito á llamar á Núñez, tornó éste á dar seguridades respecto de Landa y tornó á mandar un retén de cincuenta hombres de guardia nacional á los altos de palacio, que esta vez lo mandó un oficial de toda confianza, el capitán Casimiro Verdía.

El día 13, por la mañana, Núñez se manifestó más activo que de costumbre: visitó los cuarteles, visitó las guardias de palacio, y no encontrando nada de anormal, retiró el retén que mandaba Verdía.

Dicho retén frustró de pronto el golpe que se había dispuesto para la media noche; pero en aquella misma mañana, después de la visita de Núñez al cuartel del 5^o,

Landa formó á los soldados, les leyó el acta de pronunciamiento y dió sus órdenes para que al ser relevada la guardia de palacio, se asegurara á los que no lo secundaran de los que la formaban y se aprehendieran al Presidente y sus Ministros, como se ejecutó sin la menor dificultad.

Contreras Medellín que estaba seguro de que no se pasaría el día sin que Landa y los conspiradores realizaran sus designios, se había situado en la puerta de la Jefatura política al lado de la entrada principal de Palacio, y pudo ver por sí mismo los movimientos que hacían los pronunciados, sin poder impedirlos. Lanzó un juramento, se mesó los cabellos ardiendo en cólera, recogió algunos papeles apresuradamente y ordenó á los que lo rodeaban que lo siguieran, dirigiéndose al cuartel de San Agustín á ponerse en actitud de combate. A la vez mandó avisar á Núñez, á Cruz Aedo y al gobernador Camarena, que ya Landa estaba pronunciado, convirtiéndose en realidad lo que se había dicho como infundadas predicciones.

El general Núñez, todavía sin creer en aquella noticia, tan ciego así estaba respecto de la perfidia de Landa, corrió solo al cuartel y encarándose con aquel jefe, á quien encontró en la puerta, le preguntó:

—¿Pues qué es lo que pasa?

—Mi general, le contestó Landa, estoy pronunciado.

—Pero si esto no puede ser, yo me he comprometido por usted con el Presidente!

—Mi general, tenga la bondad de retirarse, porque si no...

Núñez no dejó acabar á Landa, sino que fuera de sí exclamó:

—¡Soldados del 5^o batallón! tercién... armas.

Landa hizo una señal convenida al oficial de la guardia que con unos soldados se dirigió á Núñez, sin poder evitar que uno de ellos tendiera el fusil y le disparara un tiro á quema-ropa que hizo que el general cayera al suelo, no herido sino sofocado, pues que la bala sólo había aplastado su reloj, incrustándose entre sus magnificas tapas.

Cuando volvió en sí el valiente general, ya había sido conducido al palacio, preso por los mismos soldados del 5° batallón que tanto garantizaba.

Entre tanto el capitán Filomeno Bravo, que antes había sido procesado por el asesinato del general Alvarez, en Colima, en otro pronunciamiento, y á quien Landa acababa de darle mando en el 5° batallón, fué el comisionado para tomar el mando de las guardias entrante y saliente en palacio, y para aprehender á don Benito Juárez y á sus ministros, como lo verificó sin que nadie le hiciera resistencia, pues no parecía sino que una fatal predestinación hacía que todos, sin pensarlo y tal vez sin quererlo, estuvieran haciendo el papel de corderos.

Don Guillermo Prieto, preocupado como los otros ministros con los rumores que les habían estado llegando, bajó esa mañana á la puerta de Palacio para semblantear á la guardia y asistió á su relevo, lo mismo que al pronunciamiento sin que nadie notara su presencia.

—¡Ciertos son los toros! murmuró con el carácter jovial que tenía, y en vez de escaparse, como muy bien pudo haberlo hecho, fué voluntariamente á constituirse en prisionero para correr la suerte de sus compañeros.

Como una de las primeras medidas que dictan los que se pronuncian, es ocupar las alturas y formar trincheras, no descuidaron esta precaución los del 5° en el Instituto y en Palacio, mandando á mayor abundamiento un

retén á la Catedral. Los de la guardia nacional de San Agustín que ya estaban en la torre, al advertir esto, hicieron fuego nutrido sobre los rebeldes, que no dejaron de amedrentarse pues habían jurado que los nacionales al ver su actitud doblarían las manos.

Entonces Landa, con una actividad y un miedo vertiginosos, mandó sacar á quinientos presos de la cárcel para improvisarlos soldados, armándolos con los fusiles viejos encontrados en los depósitos, y estos criminales fueron en lo sucesivo los árbitros de los Supremos Poderes.

Landa se encaminó al salón del Senado, en donde estaban reunidos todos los presos en número de doce personas: Juárez, los ministros, Núñez y algunos empleados federales.

—Exmo. señor Presidente, dijo dirigiéndose á Juárez, vengo con dos motivos: el uno decir á usted que me dispense por el paso que he dado, en virtud de no tener otro camino conforme á mis compromisos contraídos anteriormente. El otro, suplicar á su Excelencia se sirva ordenar á los de la guardia nacional que se rindan, tanto para evitar la efusión de sangre entre los soldados, como para que no peligren las vidas de las personas aquí reunidas.

—Obre usted de la manera que guste, contestó Juárez, yo no tengo que dar orden ninguna.

—Pues es la condición que mis amigos exigen de pronto para que ustedes puedan vivir.

—Obre usted de la manera que guste, repitió Juárez.

Como Landa siguiera insistiendo sin resultado, uno de los criminales, que estaba allí de centinela, levantó el gatillo del fusil diciendo:

—Lo mejor es matar á ese tal por cual, para que se acaben las historias.

Núñez se interpuso exclamando:

—¡Centinela, ese ciudadano es el primer magistrado de la República!

Inmediatamente ordenó Landa que Núñez fuera llevado á otra habitación muy separada, con centinelas de vista. Al que injurió á Juárez, lo mandó relevar entregándole él mismo cinco pesos de premio.

Otro centinela colocado en la linternilla que había arriba del salón, desde la que pudo observar lo que pasaba, y él que había sido un reo de muerte hacía pocos días indultado de la pena capital por el Presidente, luego que se fué Landa empezó á dirigir soeces insultos á los prisioneros y principalmente al señor Juárez, al cual frecuentemente apuntaba con su fusil, diciéndole:

—Ahora verás si no te abro la chapa del alma *jijo de esto . . . jijo del otro . . .*

Faltaban quince minutos para que fuera relevado aquel canalla, y estaba ya apuntando al Presidente, quizás con la firme resolución de matarlo, pues era imposible que le errara á tan corta distancia, cuando una bala de los guardias nacionales de San Agustín le dió en la cabeza, oyéndosele caer á plomo sobre el techo á la vez que pronunciaba su última insolencia.

El día 14 continuaron las hostilidades. Si bien Landa contaba con más de ochocientos hombres con los quinientos presos que había dado de alta, los nacionales también se habían reforzado y cobrado ánimo al observar que no eran atacados, sabiendo que algunas tropas de Parrodi debían estar cerca una vez que estaban ya llegando dispersos, lo mismo que hacía que Landa se llenara de

terror queriendo á todo trance poner término á aquella situación falsa.

En esa virtud, fué de nuevo á ver á Juárez, empleando ruegos y amenazas sin resultado respecto de la sumisión de los piquetes de guardia nacional.

—Pues al menos arregle usted una suspensión de hostilidades.

—Un armisticio usted mismo puede solicitarlo.

—Deseo que entiendan que usted lo aconseja.

—Está bien.

Y se mandó á una persona que hablara con Camarena y Contreras que estaban en San Agustín. Concedieron en el acto el armisticio; pero como no eran soldados uno y otro, ni conocían las responsabilidades que tiene el militar que lo quebranta, no cuidaron de comunicarlo á los otros cuarteles, y todos se sorprendieron con la noticia inesperada de que el Palacio estaba siendo atacado á eso de las once de la mañana, precisamente en los momentos en que habían comenzado las negociaciones.

¿Quién lo atacaba?

Dos jóvenes audaces que habían formado una columna de treinta hombres resueltos, bien municionados, con los cuales se habían propuesto rescatar á las personas que componían los Supremos Poderes.

Esos jóvenes eran Miguel Cruz Aedo y Antonio Molina, que no conocían el miedo y que habían dicho: «Los pronunciados están dedicados al saqueo y á la borrachera en Palacio: un ataque repentino los pondrá en completa confusión y serán puestos en derrota.»

Como lo dijeron lo hicieron, sin pensar en las consecuencias.

En efecto, la sorpresa fué completa, y aun lograron

apoderarse de un cañón que estaba abocado en la esquina de la plaza; pero los soldados de línea que no se encontraban borrachos les hicieron fuego desde las alturas, hirieron gravemente á Molina, de una pierna, que quedó cojo para el resto de sus días, y con facilidad se desembarazaron de aquel pequeño grupo de atrevidos, que tuvieron que retirarse perseguidos por un tiroteo incesante que les ocasionó sensibles pérdidas.

—¡Traición! gritaron los paisanos conservadores, de que estaba lleno el Palacio.

—¡Traición! repitieron los presidiarios que no sabían en dónde esconder los cuantiosos robos que habían hecho en los equipajes de los prisioneros.

Y ¡traición! exclamó también Filomeno Bravo lleno de rabia tomando bajo su responsabilidad la tarea de fusilar á los ilustres presos, una vez que no reconocía allí superior para pedir órdenes.

Con una patrulla de veinte soldados se presentó en el salón en donde estaban el Presidente y sus ministros.

—Voy á fusilar á ustedes, les dijo, formen en ala.

Ninguno se movió ni respondió.

—¡Ah! ¿no obedecen? Pues entonces van á ser muertos como quiera que estén.

—¡Soldados del 5º! preparen. . . . armas!

Los soldados embrazaron sus fusiles y levantaron los gatillos.

—¡Apunten!

Los soldados apuntaron.

—¡Alto! gritó Guillermo Prieto.

—¡Fue. . . .

No acabó Bravo de decir la palabra ¡fuego! que tal

vez habría sido obedecida por los soldados, en virtud de que Prieto, con un atrevimiento increíble, había dado un salto y le había tapado la boca.

Incontinente con fuego, con ternura, con elevada inspiración, dijo:

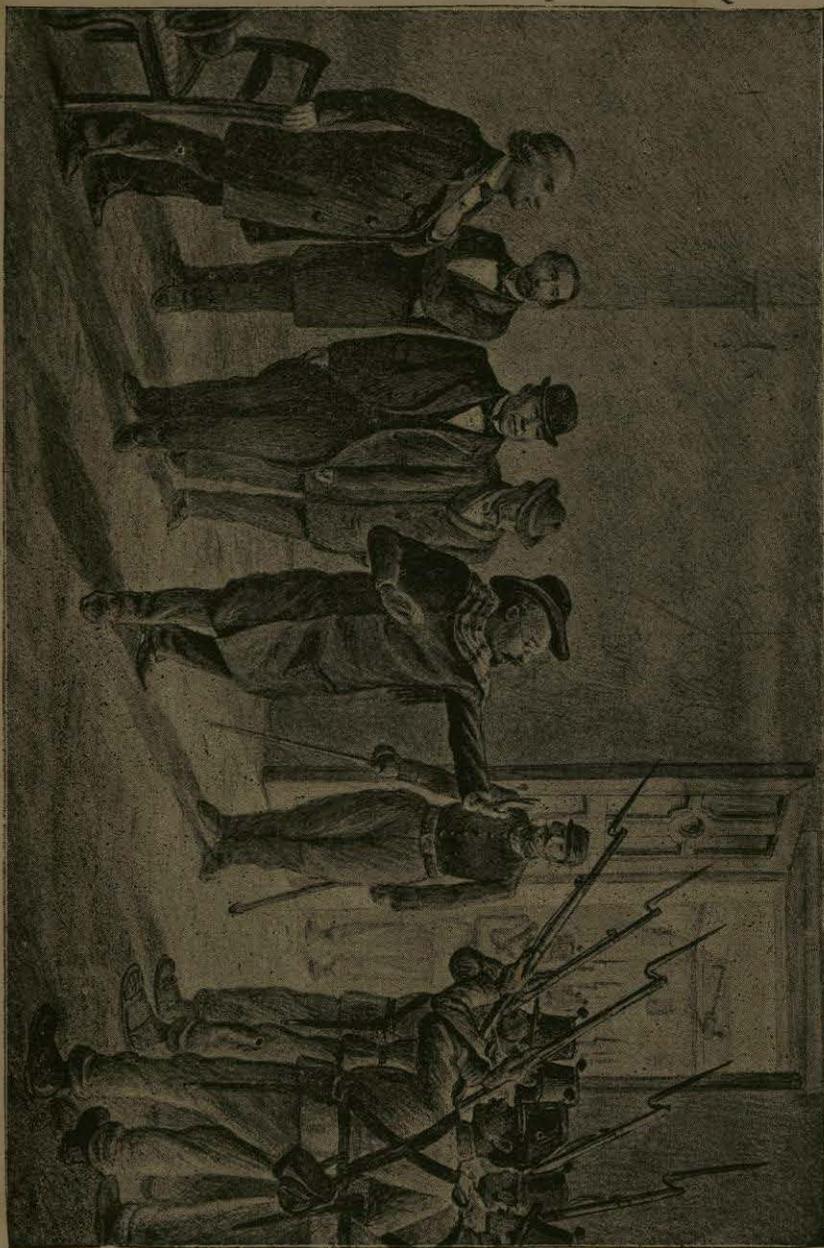
—¡Soldados del 5° batallón! ustedes son valientes y patriotas, ustedes nunca han sido asesinos, y es un asesinato cobarde el que se va á cometer con nosotros, del que la nación tendría que pedir estrecha cuenta á cada uno de los que se atrevieran á cometer tan inaudito crimen. ¡Soldados del 5° batallón! hijos míos muy queridos, levanten ustedes sus armas, no estén amagando la existencia de un humilde ciudadano que no tiene más delito que estar cumpliendo con su deber como vice-Presidente de la República, para cuyo cargo fué nombrado por ustedes, por todo el pueblo mexicano. Sólo los cobardes atacan á hombres desarmados como nosotros, y no los valientes como tienen fama de serlo los soldados del 5°. Dejen esa tarea infame á los presidiarios que han puesto al lado de ustedes como una mancha en su limpio honor.

Los soldados, como movidos por un resorte, levantaron los fusiles y dejaron caer las culatas sobre el suelo quedando inmóviles.

Bravo iba á insistir cuando llegó Landa, también violento, haciendo cargos á Juárez porque sus defensores habían roto el armisticio de una manera traidora.

Tras de Landa llegaron los comisionados, y explicaron que el gobernador les había dado toda clase de satisfacciones, haciéndoles saber que Cruz Aedo, jefe del ataque, lo había proyectado y llevado á efecto ignorando que se había entrado en negociaciones.

El Presidente y los demás ministros abrazaron á



Guillermo Prieto salvando á Juárez.

Prieto con las lágrimas en los ojos luego que Landa se retiró con toda la gente que había invadido la prisión.

Entre tanto había llegado el general Juan B. Díaz con una pequeña escolta, enviado en misión por el general Parrodi, y había tomado el mando en jefe de la guardia nacional y dictado las más apremiantes disposiciones. Después de esto se ocupó en examinar las proposiciones que Landa hacía para retirarse: pedía veinte mil pesos, dos cañones, suficientes acémilas, carros, parque, etc., etc.

Díaz y Camarena contestaron que no había dinero y que proporcionarían todo lo demás, siendo condición primordial que fueran puestos en libertad los miembros del gobierno.

Landa en el momento de recibir la respuesta, estaba rodeado de unos veinte conservadores de Guadalajara, los cuales aullaron en diversos tonos diciendo:

—Juárez y los ministros deben ser fusilados.

—Deben ser conservados en rehenes.

—Sí, el coronel Landa debe llevarlos al Cuartel General para que sean enviados á México á que se les juzgue.

—¡Que se les lleve pié á tierra!

—Que se les fusile, que se les fusile.

Landa estaba perplejo, pero llegó un explorador á decirle que Parrodi estaba ya á una jornada con dos mil hombres.

—A mí lo que me importa más es mi pellejo y no el de los demás, dijo por lo bajo á Barbosa que le estaba sirviendo de secretario; y sin hacer ya caso de los energúmenos, firmó los convenios con las modificaciones que había hecho la parte contraria: tres mil pesos en lugar de veinte mil, y vía libre por el Sur de Jalisco con sus tropas

y municiones para que se fuera después á unir con Osollos por el camino que juzgara conveniente.

En tal virtud, dijo á Bravo:

—Lleve usted á esos que llaman Supremos Poderes al consulado francés, según he ofrecido, para que estén allí en seguridad.

Bravo obedeció refunfuñando.

Mientras que Landa daba sus órdenes á fin de que todo estuviera listo para salir con sus tropas dos horas después, los Supremos Poderes, que se habían quedado en pelota porque hasta los pañuelos y corbatas les habían robado los presidiarios, se dirigieron haciendo la más triste figura á la casa del cónsul francés, custodiados solamente por cuatro soldados y un sargento del 5° Batallón.



CAPITULO XXI.

Los pequeños valientes.

AUNQUE Parrodi se apresuró á enviar á Guadalajara su mejor tropa de caballería, en muy mal estado por cierto, ésta llegó cuando había pasado el conflicto y entonces el resto de las fuerzas derrotadas en Salamanca y compuestas de piquetes de los cuerpos, como sucede en todo fracaso, pues al mal éxito suceden la falta de confianza y la deserción, esas fuerzas, decimos, se compusieron lo mejor que pudieron para hacer unos días después su entrada en Guadalajara, entrada que no estuvo ni aún pasadera, pues desde luego se echó de ver el estado lastimoso de la tropa, lo cual hizo que se cayeran las alas del corazón á los liberales.

De pronto Parrodi pareció acceder á los deseos de los Supremos Poderes para hacer una vigorosa resistencia en Guadalajara, hasta que fatigado un día de andar activando las fortificaciones que no activaba, pues lo que me-

nos se proponía en sus conversaciones era defender aquella plaza, se encaró con don Benito y le dijo:

—Señor Presidente: Osollos avanza con un ejército de cerca de ocho mil hombres con cuarenta piezas de artillería, nosotros apenas podremos completar unos dos mil hombres mal armados, y lo que es peor aún, sin entusiasmo para batirse, de manera que es preciso pensar en que la situación es difícil.

—Ya lo sé que es difícil, principalmente por la pobreza de recursos en que nos encontramos.

—Todavía hoy he mandado distribuir un octavo de haber, para mañana no hay un solo peso en las pagadurías.

—Ni en las cajas del Estado tampoco.

—¿Qué hacemos entonces?

—Defendernos hasta quemar el último cartucho. Me parece que es lo convenido.

—Eso me tocará á mí resolverlo como jefe militar de la plaza, pero lo que yo no quiero es que estén aquí los Supremos Poderes.

—Ya hemos hablado sobre el particular. Los militares de Jalisco opinan porque nos retiremos á Colima y que se defiendan los pasos de las barrancas, pero creo que no hay tiempo.

—Serían muy contados los soldados que me llegaran á Sayula, señor Presidente. Lo que yo tenga que hacer lo haré en Guadalajara.

—Voy á exponer la situación á mis compañeros y ellos resolverán.

Juárez habló con sus ministros, les dijo que Parrodi era un hombre al agua, que había que salvar los elementos que se pudiera, y salir aquella misma noche si no que-

rían ver repetidas las horribles escenas producidas por la defección de Landa.

—Pues que siga la peregrinación del gobierno! exclamó Prieto.

Juárez tornó á ver á Parrodi y le dijo:

—Saldremos esta noche, según los deseos de usted, señor general, y en prueba de la confianza que tenemos de su adhesión, queda usted nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del Ejército Constitucional.

—Yo no puedo aceptar tal nombramiento, contestó Parrodi cambiando de color.

—No quiero imponerme de los motivos sino cuando usted se sirva contestar por escrito. ¿Defenderá usted la plaza?

—Yo cumpliré con mi deber.

—Está bien, general, nosotros partimos.

—Adios, señor Presidente.

Parrodi se quedó pensativo.

Su resolución estaba formada y no quiso confiarla á Juárez, murmurando únicamente para sí:

—Mi contestación á ese nombramiento, será la noticia que reciban Juárez y sus ministros de lo que voy á hacer.

Y aquellos hombres abnegados que se habían quedado hasta sin segunda camisa, pues las pocas que llevaban se las habían obsequiado los amigos, y llevando pocas monedas en los bolsillos, se pusieron en marcha con la bandera de la legalidad, para el Sur de Jalisco.

Antes y después de la salida de los Supremos Poderes de Guadalajara, salieron para el mismo rumbo los nacionales y los de línea, que habían oído que iba á haber capitulación, de manera que Parrodi sólo pudo entregar á

Osollos, por convenios, unos ochocientos hombres y unas veinte piezas de artillería.

Don Pedro Ogazón se había ido á establecer un gobierno ambulante en las poblaciones del Sur, y los Supremos Poderes se habían llevado al coronel Iniestra, tenido por uno de los más fieles, con unos cincuenta dragones regularmente montados y armados.

Con esta fuerza llegaron felizmente á Santa Ana Acatlán, pueblo que, como hemos dicho, está situado á unas quince leguas de Guadalajara y en el camino para Colima.

Fué un acontecimiento para el poblado de Santa Ana la llegada de los Supremos Poderes: todas las muchachas estaban en las ventanas, y Adrián vió pasar el cortejo en la puerta de la tienda, marcándose mucho la atención que tuvo de quitarse el sombrero respetuosamente cuando pasó Juárez.

Estaban apenas ocupando sus alojamientos Juárez y su comitiva, cuando llegó corriendo un muchacho á la tienda llevando una carta en la mano para el dependiente Adrián Canales.

—¿De quién es? le preguntó.

—De la señorita Refugio, contestó el muchacho.

El joven se apresuró á abrirla y á leer el contenido que era este:

«Querido Adrián:

Pedro montó á caballo, llegó á mi casa y le dijo muy quedo á mi padre que se iba á dar aviso á Landa, que está por aquí muy cerca, para que venga á coger á don Benito Juárez y á sus ministros. Te lo digo, porque sé que eres partidario de esos señores.»

No tenía firma la carta, pero Adrián conocía bien la

letra. Sin decir nada á nadie, se fajó su pistola, dejó encargada la tienda á otro dependiente que le ayudaba á despachar, atravesó la plaza y se fué recto á la casa en que se habían alojado Juárez y sus ministros. Allí estaban todas las autoridades, había también varios particulares de los principales del pueblo, y Adrián tomó la fisonomía de uno de tantos curiosos esperando una oportunidad de poder hablar á solas con el Presidente, oportunidad que no se presentaba.

Cuando ya empezaba á devorarlo la impaciencia, acertó á pasar por el corredor el coronel Iniestra, á quien Adrián reconoció como jefe de la escolta, se le aproximó y le dijo respetuosamente:

—Señor coronel, desearía decir á usted dos palabras.

Iniestra iba á pasarse de largo, pero le llamó la atención la buena presencia del joven, así como su mirada inteligente, y deteniéndose un poco le contestó:

—¿Qué quieres? habla de prisa porque voy á ver cómo se han alojado mis soldados.

—Sobre ese punto precisamente quería hablar á usted, señor coronel. Lo mejor sería que se alojaran en la Parroquia y que ocuparan la torre de la iglesia.

—Es singular eso, ¿y por qué?

—Porque antes de media hora va á estar aquí el enemigo.

—¿El enemigo? Eso sí que es curioso, ¿pero cuál enemigo?

—Landa, el que se pronunció en Guadalajara, que está en una hacienda poco distante, y á quien ha ido á decirle una persona de aquí que venga á apoderarse otra vez de los Supremos Poderes.

Iniestra no podía comprender por qué se encontraba todavía Landa por aquellos alrededores; pero no lo juzgó imposible, y tuvo el buen sentido de detener al joven, diciéndole:

—Voy á ver á Juárez, espérame aquí.

Pocos minutos después fué llamado Adrián é introducido en una pieza aislada de la casa, en donde se encontró cara á cara con el mismísimo Presidente de la República. Se aturdió un poco, pero no tanto que no le dirigiera un saludo coqueto.

—Siéntese usted, joven, le dijo el Presidente.

—De ninguna manera, señor Presidente, estoy bien de pié.

—Iniestra me ha dicho.

—Aquí tiene usted esta carta, que es la que lo explica todo. Está escrita por una muchacha amiga mía en quien tengo plena confianza.

Juárez leyó la misteriosa carta. Cualquiera otro se hubiera demudado, pero él permaneció siempre tranquilo, contentándose con llevar la mano al bolsillo para buscar dinero con que gratificar al joven.

Adrián, que notó el movimiento, se apresuró á decir con toda llaneza:

—No vengo por interés ninguno, sino por patriotismo, y desde hoy en adelante seré uno de los defensores más modestos, pero de los más entusiastas del gobierno constitucionalista.

—¿Cómo se llama usted y qué quiere ser?

—Me llamo Adrián Canales, y quiero ser jefe de guerrilla en estos lugares que yo conozco mucho.

Juárez tomó nota, y en seguida llamó á Iniestra que estaba esperando en la pieza inmediata.

—Por conducto del señor Iniestra recibirá usted su autorización firmada por mí mismo. Puede usted retirarse, joven.

Iniestra agregó:

—Veáme usted dentro de media hora en la Parroquia.

El aviso de Adrián no sirvió para allegar elementos que no los había sino insignificantes en el pueblo; pero sí sirvió para que Landa no diera una sorpresa, como infaliblemente la habría dado, pues nadie había comunicado parte alguno que se encontrara en los alrededores.

Iniestra siguió el consejo del joven, ocupó la altura de la Parroquia y desde allí rechazó el primer ataque de Landa que no se hizo mucho esperar y que fué rudo, tenaz y vigoroso.

Pero los dragones de Iniestra eran aguerridos, estaban bien parapetados, y fué para ellos un juguete hacer fuego sobre un enemigo que se presentaba al descubierto, mientras tuvieron parque. Al cerrar la noche, avisaron á su jefe que las cartucheras habían quedado vacías.

Iniestra se dió varios tirones de la barba, porque no tenía repuesto de municiones.

Con trabajo consiguió, entre los vecinos, algunos cartuchos y luego se fué á ver á Juárez para decirle:

—Señor, necesita usted huir esta misma noche con los ministros, porque mañana nos atacará Landa con vigor. Allí se ve su campamento en el cerro inmediato.

Don Benito tenía los brazos cruzados, y respondió con toda calma:

—Propondré á los ministros que se alcen.

—Y usted también, señor Presidente.

—Yo correré la suerte que usted y los soldados corran.

Eran las nueve de la noche. Los ministros entraron á la habitación del Presidente, llamados por Iniestra.

—Ya les habrá impuesto el señor Iniestra de la situación, les dijo.

—Dice que está agotado el parque, expuso Ocampo, y que es preciso que tomemos la huida; pero agrega que usted no quiere marchar, y en ese caso, tampoco nosotros. Nos defenderemos hasta morir.

Iniestra, muy violento, exclamó:

—Váyanse ustedes y yo sostengo su retirada. Es fuerza que alguno se sacrifique, pero no todos.

—Yo soy el jefe, dijo Juárez, y nunca se ha visto que un jefe abandone á sus defensores por salvarse.

—No es usted, no es su persona la que se salva, es el gobierno, es la legalidad, es nuestra bandera, dijo Iniestra con calor.

—Tiene razón el señor Iniestra, agregó Prieto, el que primero debe escapar es el Presidente, si acaso hemos de aspirar al triunfo de nuestra causa.

Los demás ministros expusieron lo mismo.

La discusión se había prolongado, y marcaba el reloj que había en la pared las diez de la noche.

En ese momento se anunció el joven Adrián Canales.

Fué recibido luego porque se creía que tendría noticias que comunicar al gobierno.

—¿Qué hay? preguntó Juárez.

—Señor, me he tomado la libertad de dictar medidas por mi cuenta para la salvación de los Supremos Poderes. Tengo conmigo ocho hombres montados y armados, de cuya lealtad puedo responder, resueltos á seguirme y

obedecerme: están ya á la espalda de la casa, en cuya tapia hemos practicado una horadación para que ustedes puedan salir por ella sin ser vistos, porque la entrada principal está vigilada. Soy de opinión que el señor Iniestra mande allí caballos, y por mi parte, me encargo de sacar al señor Presidente y sus ministros de la población y de escoltarlos hasta donde sea necesario.

Todos admiraron y aplaudieron el buen juicio y la decisión de Adrián, admitiendo sin vacilar su proposición. Sobre todo Iniestra quedó como descargado de un peso enorme, y le estrechó la mano con efusión.

Se designó para la salida la hora de las once en punto.

La horadación que había practicado Adrián y sus compañeros de guerrilla en el muro, era suficiente para que pudiera pasar un hombre, y por allí salieron el Presidente y los ministros, mientras que en la puerta de la casa estaban el coche y los criados y ordenanzas, como si todo siguiera tranquilo en el interior.

Cuando Iniestra vió salir al último por el agujero del corral, se fué al mesón á reunirse con sus soldados. Libre ya del estorbo de los ministros, dió orden de que se ensillara á las tres de la mañana. El sabría abrirse paso en el evento de que Landa, que tenía poca caballería, quisiera salirle al encuentro.

Para que menos sospechara el enemigo el movimiento que se estaba practicando, mandó que unos seis hombres hicieran un pequeño tiroteo, pequeño porque no había parque, el cual sirvió para introducir alarma en el campamento de Landa.

El grupo que formaban el Presidente y sus ministros, escoltado por diez hombres, era de llamar la atención,

principalmente por el ruido que metían las cabalgaduras. Adrián iba con el ojo alerta, y á la escasa luz de las estrellas, observó un bulto en una bocacalle cuando se trasponeían los últimos corrales de la población. Picó su caballo en aquella dirección y vió que era un hombre montado que había corrido.

Entonces volvió á reunirse con los suyos y les dijo:

—Preparen sus fusiles porque creo que vamos á tener un encuentro.

Acababan de alistarse, cuando se oyeron los tiros que disparaban los soldados de Iniestra.

—Esos no nos importan, se oyen lejos. Vayan tres por delante de descubierta. Y los designó.

Adrián no sabía si el peligro surgiría por vanguardia ó por retaguardia, é iba y venía para estar listo donde se necesitara.

Al extremo del callejón que estaban pasando, apareció un hombre montado, que gritó:

—¿Quién vive?

Adrián se adelantó y contestó con voz robusta.

—¡Constitución!

—¡Alto!

—¡Adelante! gritó Adrián á los suyos, y dirigiéndose al Presidente y los ministros, agregó:

—Señores, un momento: vamos á desembarazarles el camino.

Aparecieron como doce hombres montados, casi el mismo número de los de Adrián, porque éste tenía ocho suyos y un mozo también armado de los Supremos Poderes, eran nueve, con él se hacía un total de diez.

En el acto en que el grupo de Adrián á su voz de

mando tomó el galope, los que esperaban hicieron fuego con sus pistolas. Entonces Adrián dijo á los suyos:

—¡Un tiro solamente y al machete!

Así se hizo. Cada cual apuntó y disparó lo mejor que pudo y pasándose la pistola á la mano izquierda desenvainaron los sables y se lanzaron sobre el desconocido grupo de contrarios, de los cuales tres ó cuatro tomaron la huida al ver el ímpetu con que eran atacados.

El combate fué rápido. En un instante se vió caer á uno de los del grupo de Adrián y á dos de los enemigos que estaban ya reducidos á seis.

—Vámonos, comandante, dijo una voz en el momento en que ya no se oía más que el ruido de las espadas.

—Váyanse ustedes, yo no me voy, contestó el comandante.

La voz fué conocida por Adrián.

—¡Pedro! exclamó.

—¡Ah! conque es el aborrecido Adrián el que me ataca, gritó Pedro echando chispas por los ojos.

Pero en aquel momento caían dos más de sus hombres y otros dos echaban á correr. No quedaba más que él con dos de sus compañeros.

—Vámonos, comandante, insistió uno de ellos, después arreglaremos cuentas.

Los tres hombres estaban rodeados por los nueve de Adrián, quien había dado orden de que se suspendiera el ataque.

—Pedro, dijo Adrián tranquilamente, puedes irte. No me conviene ahora ni matarte ni llevarte prisionero.

—¡Vámonos matando los dos! aulló Pedro.

—Desarmen ustedes á esos hombres, ordenó Adrián á los suyos.



El combate fué rápido.

Los tres estaban tan rodeados, tan oprimidos, que no pudieron hacer resistencia.

—Ahora váyanse ustedes, son libres.

—Te juro que me la has de pagar, se fué diciendo Pedro con rabia.

Adrián volvió y dijo al Presidente:

—Podemos continuar: ya no hay peligro ninguno, ni lo habrá en toda la noche.

—Gracias, contestó el Presidente estrechando la mano á su salvador.

